

MIGUEL MARTORELL LINARES: *José Sánchez Guerra. Un hombre de honor (1859-1935)*, Marcial Pons Historia, Madrid, 2011, 500 págs.

PARLAMENTARIO, CABALLERO Y LIBERAL-CONSERVADOR

En la última década del siglo XX, la historiografía española creció y se renovó de manera más que notable. Se multiplicaron tanto los enfoques y los temas de estudio como los libros y las revistas especializadas. Con cierto retraso respecto a lo ocurrido en otros países occidentales, entre los contemporaneístas surgió un nuevo interés por la historia política, antes marginada a causa del predominio de los paradigmas estructurales. Y ese interés se volcó, en buena parte, sobre el periodo de la Restauración (1876-1923), una prolongada etapa de gobierno constitucional. Los historiadores recorrieron entonces dos caminos distintos pero complementarios: por un lado proliferaron las monografías, casi siempre de ámbito local, acerca de las formas clientelares de comportamiento político, el *caciquismo*; por otro empezaron a analizarse las instituciones fundamentales, desde los partidos hasta el parlamento, y aparecieron biografías de algunos líderes. Cuando bajó esta ola historiográfica, ya a comienzos del XXI, los investigadores españoles se habían integrado en las redes internacionales de

historia política y el conocimiento de la Restauración, comparable a otros regímenes liberales, había dado un salto impresionante.

El autor de este libro, Miguel Martorell Linares, pertenece a la generación que se dio a conocer durante ese *boom* de los años noventa. En su caso, con trabajos que culminaron en *El santo temor al déficit. Política y Hacienda en la Restauración*, de 2000, donde seguía la suerte de los proyectos fiscales y, a propósito de ellos, diseccionaba las relaciones entre los gobiernos y las Cortes. Martorell se convirtió en el mejor conocedor de la vida parlamentaria de entonces y formuló tesis que daban la vuelta a la creencia tradicional en la hegemonía del ejecutivo sobre el legislativo. Así, mostró cómo las Cortes, pese al fraude electoral, representaban un papel protagonista en el sistema político, pues los ministerios no podían sobrevivir, ni gobernar, sin su concurso. Hoy, un decenio más tarde, publica la primera biografía académica de José Sánchez Guerra, jefe del partido conservador y parlamentario incansable. Se trata de un fruto maduro de aquel impulso inicial, que reúne y mejora los rasgos más destacados de la historia política finisecular.

La trayectoria de Sánchez Guerra, político profesional que ocupó numerosos cargos en el centro del Estado, ilumina múltiples rincones de la escena pública. Como las elecciones, con su retahíla de trampas y violencias, y también de favores localistas, que el biografiado explotó en su Córdoba natal. Aclara asimismo las vicisitudes de las facciones monárquicas o el difícil trato de los ministros con Alfonso XIII, cuyo intervencionismo, teñido por crecientes inclinaciones militaristas y reaccionarias, queda bien de manifiesto. Pero, sobre todo, habla de la evolución del parlamento, donde el autor sabe ver las claves que a menudo explicaban el devenir político y que marcaron la personalidad de Sánchez Guerra. Periodista atento a los debates en su juventud, cultivó las artes parlamentarias como diputado, presidió el Congreso y se erigió en una verdadera autoridad a la hora de leer el reglamento, ese tomito que aparece junto a él en el espléndido retrato que le pintó su paisano Julio Romero de Torres. No es casualidad que aquel defensor a ultranza de las Cortes, el órgano cosoberano que encarnaba a la nación, salga del olvido historiográfico gracias a un historiador del parlamentarismo.

Más allá de lo mucho que nos dice sobre tal o cual fenómeno, el principal valor de esta obra reside en su carácter biográfico. Porque sus veintitrés capítulos se centran en el carácter, el pensamiento, las actitudes y los hechos del personaje, representativos de una cultura política compartida por las elites de la Restauración pero con peculiaridades que resultan muy atractivas. Aunque el biógrafo no ha dispuesto de un archivo privado, ha bebido en cambio de un manantial de fuentes diversas y ha aprovechado los diarios de Natalio Rivas, un amigo de Sánchez Guerra que anotaba sus conversaciones cotidianas con él. Lo sistemático de este testimonio hace sospechar que el prócer conservador utilizó a su confidente para hablar a la posteridad. Pues bien, el autor maneja con maestría los documentos y ofrece un relato tan rico como ameno, en el que sobresale su capacidad para captar ambientes, para describir un momento y trazar sus consecuencias. Hay en esa na-

ración escenas memorables —con frecuencia, parlamentarias— de las que el historiador, intérprete del pasado, extrae el significado preciso, el de aquel tiempo, de cuanto ocurría. Las quinientas páginas pasan con rapidez.

A simple vista, la carrera de José Sánchez Guerra no parece marcada por la coherencia. Pasó del partido liberal al conservador y, monárquico convencido, acabó envuelto en insurrecciones y enfrentado a su rey. Sin embargo, Miguel Martorell detecta un hilo conductor capaz de orientar esa compleja existencia de principio a fin. Su profundo sentido del honor, su dignidad de caballero, le empujó a batirse en varios duelos, una costumbre que aquí se concibe no como un residuo aristocrático sino como expresión de las clases medias aupadas por el liberalismo. Y, trasladado a la política, le obligó a mantener lo esencial de un ideario que aspiraba a combinar libertad y orden al modo en que lo había hecho el pacto entre antiguos enemigos que sustentaba la Restauración. Un pacto que consideraba cosoberana a la corona pero que también exigía respeto por los derechos ciudadanos y la representación parlamentaria. Sánchez Guerra, anclado en esos principios del siglo XIX, los aplicó —como ministro y presidente del Consejo a comienzos del XX— en sintonía con un conservadurismo templado, ni ultramontano ni demasiado amigo de reformas, paternalista y en absoluto democrático pero guardián del poder civil. La deriva autoritaria de las derechas lo transformó, bajo la dictadura del general Primo de Rivera que respaldaba el trono, en símbolo popular de las libertades perdidas. El hijo de la revolución de 1868, frente a frente con el monarca que había traicionado su juramento constitucional. Fue, pues, un liberal-conservador, de aquellos que escaseaban en la España —y en el resto del continente europeo— de los años veinte y treinta. El lector de esta magnífica biografía política no puede sino lamentar que fueran tan excepcionales.

Javier Moreno Luzón,

Universidad Complutense de Madrid

---

(1) La presente edición tiene una errata muy aparatosa que confunde la traducción de la escuela romana por «románica» siempre que se la menciona, de la que se advierte al lector, pero existen otros vocablos de traducción inadecuada, por ejemplo, en la p. 516, Pío XI por Pío IX; «Las más buenas» por las mejores, en la p. 602; «perseguido» por «proseguido», en la p. 635, y el orden de los Felipes, reyes de Francia, en la p. 646.

(2) *L'Action Française*, Paris, Stock, 1964.